


Perversas criaturas

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *Beautiful Animals*

Copyright © Lawrence Osborne, 2017

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: abril de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: ©Luke Waller, «Migrants or Holiday»

Imagen de la solapa: © by Chris Wise

ISBN: 978-84-123021-2-7

Depósito legal: B-2021-2021

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Kelley

No hay barco para ti, no hay camino.
Al arruinar tu vida en este pequeño rincón
la has destruido en toda la tierra.

CAVAFIS

HIDRA

CAPÍTULO 1

En lo alto de la ladera que dominaba el puerto, durante las secas mañanas de junio, los Codrington dormían en su casa a la sombra de los cipreses y de los toldos desplegados sobre las puertas. Yacían en espléndidos pijamas entre sus iconos bizantinos y sus pinturas de capitanes de barco hidriotas sin saber que su hija Naomi, que solía levantarse temprano para ir a nadar, se estaba vistiendo en su fresca habitación, una hora antes de que saliera el sol. Reflejándose parcialmente en el espejo del tocador, se puso una camisa de batista de puño doble y una gargantilla de cuero, se echó una bolsa vaquera de playa al hombro y bajó la escalera en calada que había detrás de la casa paterna. Se dirigió al puerto bajando por estrechos peldaños en espiral, entre rellanos protegidos por verjas de hierro y vistas repentinas del mar donde los arcos de piedra conservaban el frescor nocturno, terrenos con sus carteles de «*Poleitai*» y dormitorios conyugales ahora abiertos al cielo, repletos de mariposas inmóviles.

Ya en el pueblo, Naomi pasó ante el hotel Miranda, su ancla encadenada a la pared y su puerta que se abría a un jardín secreto bañado en el resplandor azul de los plumbagos. Había un sacerdote sentado en la escalera, como si es-

perara algo, y la saludó con un gesto de la cabeza. Se conocían, pero no sabían sus nombres. La inalterable barba sagrada, la chica que un verano tras otro andaba con pasos silenciosos, ajena a lo que ocurría a su alrededor. En el pequeño puerto, pasó entre los yates de precios desorbitados sin detenerse en los cafés. Ascendió por el puerto turístico y llegó a un sendero sobre el mar. Al principio siguió andando en silencio, calzada con sus alpargatas, pero luego empezó a cantar y a contar sus pasos. Dejó atrás un muro con una hilera de cañones encastrados, el monumento a Antonios Kriezis, y las pitas rasgadas por el viento que se alzaban como tótems en la ladera. Resiguió la costa hacia el norte por un sendero que llevaba a la pequeña bahía de Mandraki, un lugar cuyas aguas nunca se movían, según su madrastra griega. No había conseguido averiguar por qué había montones de maquinaria oxidada a un lado del sendero; calderas, vigas y hormigoneras abandonadas entre las flores desde hacía mucho tiempo. En lo alto de la colina que domina Mandraki se alzaban varias casas imponentes rodeadas por largos muros, con aldabas torneadas como cabezas de Atenea. Abajo, en la bahía, estaba el Mira Mare, un resort destartado a cuya playa habían arrastrado un pequeño hidroavión de ventanillas cubiertas con parasoles. Detrás de la playa habían plantado hileras desordenadas de sombrillas sin la cubierta de paja; pero después de Mandraki el camino seguía sin contaminar. Serpenteaba hacia Zourva entre laderas cubiertas de matorrales y grandes campos de rocas que descendían al mar entre un viento abrasador. Antes de que el sol saliera para iluminarla, el agua era casi negra. Y allí nadaba siempre Naomi, a veces casi esperando morir, hasta que se le entumecían los dedos y tenía demasiado frío para continuar.

Sus padres no sabían nada de sus zambullidas matutinas, ni falta que hacía. ¿Qué le habrían dicho? Para ellos,

la soledad carecía de valor. No habrían entendido que todas las mañanas ella sintiera la misma expectación apática e imprecisa, la misma insatisfacción con el ritmo del mundo tal como ella lo conocía. A veces pensaba que había internalizado aquella decepción perpetua desde la infancia, aunque no pudiese identificar sus motivos inconscientes. O quizá fuese la isla. Los veranos interminables, las tardes demasiado calurosas para emprender actividades puramente animales. Y, peor aún, los viejos bohemios con los que se relacionaban su padre y su madrastra. La asombrosa vacuidad ni siquiera la aburría; hacía que se sintiera superior al hedonismo de la isla, pero sin llegar a sugerirle ninguna alternativa.

Después se secaba en las rocas, entre las avispas, y escribía en su pequeño diario mientras al otro lado de los estrechos se insinuaba la prometedora sombra del continente. Argólida y el muelle de Metochi en la otra orilla de la bruma, demasiado lejanos para la vista. A eso de las ocho solía regresar al resort de Mandraki para tomarse un café. Por encima de la bahía, un santuario blanco resplandecía con los primeros rayos del sol en las laderas desnudas. Cuando era niña se imaginaba que allí vivían santos, ermitaños zarandeados por los vientos, pero nunca habían aparecido. Los chicos que colocaban las sombrillas y las correspondientes tumbonas en la arena la conocían y ya habían dejado de coquetear con ella; ahora la observaban con hosco escepticismo porque, cientos de veces, había rechazado sus insinuaciones.

Contempló las hileras de toallas azul marino extendidas sobre las tumbonas. Aquel era un lugar cutre, pero solitario; a veces lo primero era el precio que se debía pagar por lo segundo. La bahía era tan pequeña que, comparado con la angosta playa, el mar poseía una amplia inmensidad. Y a la playa ya habían llegado dos mujeres que baja-

ban por el sendero con la prudente agilidad de los escarabajos, con sus bolsas de playa y sus temblorosos sombreros de paja.

Las mujeres se echaron en dos tumbonas y los camareros les sirvieron agua con hielo. Era evidente que iban a diario y que el personal las conocía muy bien. Probablemente desayunaban y almorzaban con abundantes bebidas alcohólicas de por medio, porque los griegos las trataban con familiaridad. Aquel complejo turístico agonizaba y los clientes que no se hospedaban allí eran tan esenciales como los huéspedes. Se trataba de una mujer mayor y otra joven, quizá madre e hija. Pero Naomi no las reconocía de las interminables fiestas a las que invitaban a su padre y a su madrastra, y a las que ella también asistía porque en la isla no había nada más que hacer. Por tanto, no eran famosas, no formaban parte de la «gente guapa», y probablemente ni Jimmie ni Phaine las conocían. Y sin embargo ahí estaban, tomando café en unas grandes tazas azules mientras ahuyentaban las moscas con nada menos que un par de espantamoscas tropicales. La joven era muy guapa, esbelta, de cabellos dorados y demasiado blanca para aquel sol, que confería a sus ojos una expresión más desesperada y ávida si cabe. Cuando les daba la luz, emitían el brillo inhumano de las gemas azules. Los espantamoscas eran divertidos y Naomi los aprobó para sí, incluso cuando alcanzó a oír su acento y resultaron ser americanas. Ahí estaban, y antes de terminarse el café ambas miraron con franca curiosidad a la joven británica que se servía miel en el yogur con una cuchara de madera. «¿Tú también aquí, en Mandraki?»

La mitad femenina de la familia Haldane había descubierto aquella cala el primer día de su llegada en barco desde el Pireo. Habían salido a pasear por la isla sin el señor Haldane. Muy a su pesar, Amy tenía que admitir que siempre ha-

cía sus mejores descubrimientos cuando su marido no estaba cerca para estropearlos.

—Fue Samantha quien la encontró; preguntó a la criada de nuestra casa, algo muy inteligente por su parte. Pero creo que tú la conocías mucho antes que nosotras.

—Hace años que vengo aquí —dijo Naomi con deliberado hartazgo.

—Así que conoces...

La otra chica era más joven que Naomi, quizá de diecinueve o veinte años frente a los veinticuatro de ella, y tenía una mirada firme y distante; quizá también fuese una observadora de los seres humanos y sus calamidades.

—¿Vives aquí? —preguntó tranquilamente, interrumpiendo a su madre.

—Mi padre tiene una casa. Desde los años ochenta.

—Dios, hemos dado con una experta —dijo la madre—. ¿Tu padre lleva aquí tanto tiempo? Te habrás criado en la isla.

—Veraneamos aquí.

—Veranos en la isla. Nosotros veraneamos en una isla de Maine casi tan bonita como esta. Pero somos de Nueva York. Quizá conozcamos a tu padre.

Parecía entusiasmada y Naomi tuvo que serenarla.

—No lo creo. Mi padre y mi madrastra no son muy sociables.

—Mi marido se está recuperando de una lesión. Ha venido aquí para curarse, lo que nos pareció una buena idea. Yo diría que está casi restablecido, ¿no te parece, Sam?

—Ya anda con el pie malo.

Naomi se trasladó a una tumbona más cercana. Se desprecizó de una forma que llamaba claramente la atención. Una narcisista, pensó la madre.

—Hablo griego —dijo Naomi, sonriendo—. Puedo pedirlos lo que queráis. Tienen muchas cosas fuera de la carta.

La madre dirigió la vista a los camareros de la barra y su boca vaciló.

—¿Qué tal yogur? —murmuró, señalando el desayuno abandonado de Naomi—. Me gustaría tomar yogur.

—*Yaourti* —gritó Naomi a los camareros—. *Me meli*.

El calor les subió por la nuca, y cuando se acomodó detrás de las orejas se negó a soltarlas. En lo alto de la ladera, dos árboles se recortaban en su propia luz gris. Intuyeron, sin llegar a verlos, que unos perros dormían bajo su sombra, y Naomi preguntó qué le pasaba al señor Haldane.

—Entró en una jaula de varanos en el zoo y uno le mordió el pie —respondió la joven, con expresión neutra—. Le cortó los tendones, y además la saliva de los varanos tiene muchas bacterias.

—Sam, por favor.

La verdad era que se había caído de una escalera mientras pintaba un invernadero cerca de Blue Hill.

—Es bochornoso. ¡Jeffrey es tan torpe con las escaleras! Pero se rompió la cadera y además el pie.

—¿Sin varanos?

Amy se volvió hacia su hija.

—No creo que participase ninguno.

—Estuvo un mes en silla de ruedas —dijo Samantha— y ahora está en una isla donde no hay coches ni motos. Dijo que esa era la ventaja, que así se vería obligado a caminar. Pero ahora que estamos aquí...

—Se pasa el día sentado en su silla, pintando.

—No es fácil hacer mucho más —dijo Naomi, alzando la vista al cielo—. Eso es lo que hago yo.

Era mentira, pero le pareció que las dos mujeres no lo notaban, y aunque lo notasen no le importaba.

Hablaron un buen rato. Fue una conversación entre personas de la misma clase social, sutilmente divididas por una

lengua común. Las sobrevolaban las aves marinas y no había música. Todavía no habían sacado el buzuki para los turistas. Solo se oía el agua que lamía las rocas y el canto de las primeras cigarras mientras el sol invadía la ladera. El calor despertaba a todos los seres vivos. Finalmente, Amy se tumbó a tomar el sol como si estuviera en coma y las dos jóvenes decidieron nadar hasta las rocas más alejadas de la cala. Avanzaron hacia el mar, bajo un sol que ahora les quemaba la cara, y se zambulleron juntas. Nadaron despacio, y mientras deslizaban las manos bajo la superficie Naomi tuvo la impresión de que, desde el primer momento, de forma inconsciente, se había creado un vínculo entre ellas. A saber por qué, Samantha —a quien llamaría Sam, como hacía su madre— le parecía fresca y diferente, y para Naomi resultaba toda una novedad. Samantha era la hija mayor de un padre adinerado que, además de la fortuna familiar, era periodista jubilado. El hermano de quince años también se había quedado en la casa, jugando al ajedrez con el señor Haldane. Sam admitió que al principio ella no quería ir de vacaciones con su familia pero que su madre había insistido, para variar. Habían encontrado la casa perfecta gracias a unos amigos de Nueva York.

—Está cerca de Vlychos, supongo que la conoces. Tiene un burro en el jardín. Eso mola.

—¿Un burro?

—Bueno, va y viene.

—Creo que sé cuál es; la casa de Michael Gladstone.

—Exacto. Hace años que la tiene. Papá dice que es la mejor casa que ha visto en su vida. Pero yo creo que en realidad quiere decir que es la mejor casa en la que ha estado inválido. ¿Dónde vives tú?

—Arriba, por encima del puerto. Mis padres la compraron cuando eran jóvenes y Leonard Cohen todavía vivía aquí.

—Muy inteligente por su parte.

—Lo calcularon —repuso Naomi—. Mi familia es así.

Dejaron atrás un embarcadero ladeado sobre el agua, rodeado de restos flotantes: postes de hierro con complejas molduras, redes de pesca y rejillas metálicas. Era como si aquel invierno un violento vendaval hubiese asolado aldeas enteras y hubiera esparcido los escombros a lo largo de la costa. Cuando el sendero doblaba la primera curva, vieron montones de chatarra. Salieron allí, se echaron en unas rocas y contemplaron la playa. Las hileras de tristes tumbonas parecían juguetes rechazados o chatarra similar a los escombros que se acumulaban a su espalda. Resultaba curioso, como si aquel lugar estuviera a punto de ser abandonado para siempre. Los postes derribados, las manchas anaranjadas de la superficie de las rocas, incluso el fuerte reconstruido algo más arriba —si eso es lo que era—, tenían el aspecto de algo dejado a merced del viento. Y sin embargo, en lo alto, en la blanca morada de los santos, resplandecía al sol.

Por fin uno de los empleados se había acercado a la madre de Sam, que le hablaba con sonrisas innecesarias. Con las madres nunca se sabe. La de Naomi había muerto hacía mucho tiempo y la mujer que ahora dormía en brazos de su padre, montaña arriba, no era lo mismo. Pero al principio Amy había parecido normal y ahora ahí estaba, coqueteando con los chicos del delantal encargados de las tumbonas. ¿Era porque aquel verano su marido estaba liado?

Se volvió hacia Sam.

—Te llevas bien con tu madre, qué envidia. La mía es una madrastra. No está mal, pero no es mi madre. A veces tratar con ella es un rollo.

Después del «lo siento» de rigor por parte de Sam, Naomi le contó brevemente la historia. Su padre era colec-

cionista de arte y filántropo. Conocía a mucha gente, compraba mucho arte y era el frenético centro de atención de muchas personas. Su madrastra era griega de Kifisiá, Atenas, aunque la familia Kyriakou siempre había residido en el acomodado barrio londinense de South Kensington.

—Es más joven que la tuya y viene de un ilustre linaje de militares fascistas. Me gusta tu madre. Dice lo que piensa.

—¿Y eso es bueno?

—Digamos que no es malo. Hay cosas peores. ¿Tú dices lo que piensas?

—No siempre. ¿Los militares fascistas no dicen lo que piensan?

Naomi era de sonrisa fácil, pero nunca la mostraba del todo. La controlaba igual que un niño maneja su cometa.

Sam alzó la vista al cielo uniforme. Allí podía oírse hasta el ruido más insignificante y lejano. El movimiento de una cigarra en el resquicio de un muro a un kilómetro de distancia, el eco de las olas en una cala invisible. Pero cuando empezaba a soplar, el viento acababa con todo y solo se oía el rumor melancólico de la hierba que cubría las laderas, temblando como si tuviera miedo. Los Haldane se quedarían en la isla todo el verano y, hasta entonces, Sam contaría los minutos, y también las puestas de sol. Quizá hasta encontrara novio, una aventura de verano. O también, si su amistad con Naomi no prosperaba, podía estar sola y leer cien novelas en su pequeña habitación blanca de Kamini. Aquella posibilidad no le importaba. Cualquier cosa era mejor que pasar un verano en la ciudad o visitar a los abuelos en Montauk, esa deriva ociosa del día a día en las bibliotecas. En la ciudad no hacía nuevas amistades y ya estaba harta de las antiguas. Nunca encontraría a nadie interesante en Nueva York. Las chicas de su edad eran todas iguales, productos en cadena elaborados según paradigmas con-

cretos en una fábrica del centro del país. Pero de pronto había encontrado a alguien distinto.

Finalmente se levantaron y volvieron al café con su techado de paja, en cuya sombra aguardaba una mesa con una botella de vino de Santorini y una ensalada de tomate con olivas negras. La madre de Sam lo había organizado. De nuevo el viento confería a todo un aura levemente siniestra. Sam rechazó el pan con aspavientos. Dijo que era intolerante al gluten.

—*Eviva* —brindó Amy, alzando su copa—. Lo aprendí ayer en el puerto. Significa «salud», ¿verdad?

—*Eviva* —dijo Naomi, brindando con ella y luego con Sam—. Hay otro brindis que debería aprender. *Na pethanei o charos*. Que muera la muerte. ¡Muerte a la muerte!

Comieron *baklava* con el café y luego acordaron volver andando juntas al puerto. Las sombras entre los cipreses habían empezado a desplazarse, y cuando emprendieron la marcha no hablaron hasta que al doblar una esquina vieron las primeras casas de Hidra.